

FESTIVIDADES CRISTIANAS.



LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS.

El lápiz de nuestros dibujantes debia un tributo á la
 Conmemoracion de los difuntos, cuyo aniversario se cele-
 SEGUNDA SERIE.—1861.

bra religiosamente en todos los pueblos de la tierra. En la
 composicion de nuestro grabado se halla resumido todo
 lo mas consolador é importante que el pensamiento cris-
 tiano ha unido á la fiesta universal del 2 de noviembre.

Ahí se ve el retrato del padre y del marido difunto; allí

AÑO XIX 28.

su muger y los hijos llenos de desolacion con flores del recuerdo en la mano; allí la serpiente y la corona de siemprevivas figurando el círculo de la eternidad. Allí el ángel de la fé y de la esperanza apoyado sobre el áncora de la misericordia.

La Iglesia ha orado siempre por sus hijos difuntos, y ofrecido á su intencion el santo é incruento sacrificio que rescata las almas y las abre las puertas del cielo. A San Odilon, abad de Cluny, se debe la idea de una conmemoracion general de los difuntos, y que se haya fijado tan interesante y piadosa institucion al dia siguiente de la solemne festividad de Todos los Santos.

El 1.º de noviembre es la glorificacion de los elegidos, el cuadro de la felicidad y de la eterna recompensa. El 2 de noviembre son las oraciones que aseguran esta recompensa y esta felicidad á nuestros padres, á nuestros amigos, á nuestros parientes, á nuestros hermanos en Dios. El rayo del cielo en la sombra del sepulcro, la resurreccion al lado de la muerte. ¡Cuánta experiencia del corazon humano y cuánta elocuencia ha mostrado la Iglesia en esta admirable reunion!

La fiesta de los difuntos se propagó y popularizó muy pronto en la iglesia de Occidente. La Santa Sede la autorizó y consagró desde luego, como se ve por el concilio de Oxford en 1222. La colocó entre las solemnidades de segunda clase.

Ahora en todos los pueblos de la cristiandad se celebra con igual pompa y con las mismas lúgubres ceremonias.

No tenemos necesidad de describirlas. Todo el mundo conoce esta festividad, aun los mas incrédulos é indiferentes, y todos acuden en ese dia á visitar los campos santos y cementerios, esas inmensas y silenciosas ciudades, moradas de nuestros padres, de nuestros parientes y amigos, en donde va hundiéndose sucesivamente la humanidad entera, y en donde irá á parar la bulliciosa poblacion de los vivos que todos los años recorre en el 2 de noviembre esos vastos campos mudos y silenciosos, aunque mas poblados que las mas grandes ciudades.

El dogma del purgatorio que es la base de la Conmemoracion de los difuntos, es uno de los argumentos que atraen diariamente mas protestantes al seno del catolicismo. Tan dulce, tan consoladora es la idea que ha proclamado la iglesia católica de que los vivos pueden hacer algo para procurar la felicidad eterna á los que han muerto, á los que tanto amaban, y á los que han dejado en su corazon una huella indeleble de dolor. La Iglesia, cual amorosa madre, no abandona á sus hijos aun despues de la muerte, aun encuentra en el tesoro de su misericordia consuelos y medios de aliviarlos en sus penas en la eternidad.

Un protestante habia perdido á un hermano á quien amaba y á quien arrebató del mundo una repentina muerte, en medio de los escesos y desórdenes de una orgía. No debia consolarse el afligido hermano por no hallar en su culto oracion alguna ni medio de aliviar á su desgraciado hermano. Fué un dia de difuntos al templo católico, y quedó tan conmovido de las piadosas oraciones de ese dia, sintió su alma tan consolada con la idea de que aun podia ser útil á su hermano, que abjurando sus errores se convirtió al catolicismo, á fin de abrir las puertas del cielo al hermano á quien tanto amaba, al hermano de su corazon!!!

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

SALVADOR ROSA.

1615—1673.

—Doña Julia ¿ha vuelto en fin, Salvadorcillo? dijo una tarde del mes de agosto de 1621 el señor Antonio Rosa, al poner el pie en el umbral de la loggia de su cassaccia, situada en la alta colina de Pienella, cerca de Nápoles.

No sé, amables lectores, si habeis observado algunas veces el diseño de esas casas italianas, antiguas moradas feudales, en otro tiempo habitadas por grandes señores, príncipes, y un pueblo de lacayos, y hoy arruinadas, grandes y feas en su desnudez, llamadas por esta causa *cassaccia*, lo que quiere decir, un feo caseron, y abrigando solamente todavía en el resto de sus habitaciones destruidas, una pobre familia de artesanos. Por la parte exterior delantera de estas casas hay un peristilo abierto donde la parra, la yedra, la vid y la olorosa enredadera suben enlazadas por las columnas, entre las cuales se estiende el mas magnífico paisaje. En este lugar delicioso, llamado loggia, soportal, se reúne la familia luego que ha pasado el calor del dia.

Aquella tarde la señora Julia estaba sentada hilando entre sus dos hijas jóvenes, Estrella y Peruetta, que estaban haciendo calceta; mas, sin embargo, ni el canto, ni la cháchara de las jóvenes alcanzaba á distraerla de su preocupacion; era, pues, preciso que el motivo que las tenia silenciosas fuese muy penoso, cuando Peruetta, la mas risueña de las napolitanas, se enjugaba furtivamente una lágrima, que sus grandes ojos azules con dificultad retenian, y que se deslizaba lentamente á lo largo de sus mejillas, frescas como la rosa.

La llegada de Antonio Rosa hizo que las tres mugeres levantasen la cabeza, mas la madre solo respondió á una pregunta de éste con un gran suspiro.

—No, amigo mio, nuestro hijo no ha vuelto todavía.

Al punto continuó su trabajo.

—¿No? ¡Por Baco! esta es la primera vez que ese nene permanece tanto tiempo fuera, replicó el señor Antonio soltando un saco lleno de sus útiles de agrimensor, y sentándose incomodado sobre un banco de mármol, colocado á la entrada del soportal, cruzó sus brazos silbando el canto de una barquerola; lo que quiere decir, que el señor Victor Antonio Rosa estaba de muy mal humor, y que Salvadorcillo, á su vuelta á la casa tendria que pasar un rato muy malo.

—¿Por qué, en fin, volvió él á decir, no ha parecido desde ayer por la mañana? ¿No es verdad, doña Julia? ¿Doña Julia, quereis hacer el favor de contestar?... Estrella.... Peruetta.... ¡Vive Dios! ¿os habeis convertido en estátuas? ¿Qué, os reís, cantais y haceis ordinariamente mas estrépito vosotras solas que un ejército de viejas vecinas, y basta que os pida que hableis para que... A las mil maravillas... Vereis que no tardaré en verme precisado á ir á buscar una rama de fresno para ayudaros á volver á hallar la palabra.

—¡Virgen santa! Antonio, dijo la señora Julia; ¿qué rui-

do metes!.... ¡bien! si se os ha dicho cien veces: «Salvadorcillo no ha vuelto desde ayer por la mañana.»

—¡Hijo rebelde y desobediente! exclamó Antonio, quisiera para castigarle que se hubiese caído en un precipicio.... ó....

—Nosotros quedaríamos mucho mas castigados que él, dijo la señora Julia, dejando su rueca para tomar su rosario, que estaba pendiente de su cinturón al lado opuesto, y santiguándose devotamente.

—Es cierto, á fé mia, respondió el viejo Rosa, mas, también ¿á dónde puede haber ido ese diablillo?

—¿Quién sabe? dijeron las tres mugeres á la par, y como si cada una se hubiese comunicado su pensamiento, volvieron la vista hácia la rica campiña que se ofrecía á sus ojos. Sus miradas inquietas vagaban á la ventura desde el agreste monte San Telmo, alta roca, aislada, coronada por la terrible fortaleza que lleva su nombre, hasta las risueñas colinas de San Martín.

Hubo todavía un momento de silencio; la señora Julia hilaba y rezaba; las jóvenes hacían su labor con una rapidez notable, y Antonio Rosa las miraba silbando suavemente, cuando, no pudiendo contener mas su impaciencia, se acercó á su familia, é interpelló por segunda vez á su muger.

—Ciertamente, señora Julia, el hilo que sale de vuestros dedos hace la mas bella tela del mundo; nadie entiende como vos de preparar unos macarrones, ó de escabechar un poco de atún; sois el modelo de las mugeres casadas; mas no os ocupáis bastante de Salvadorcillo, nuestro único hijo, que se marchó ayer mañana sin que sepáis á dónde ha ido.

¿Os acordáis del día en que nació? Yo estaba sentado á vuestro lado; el chico dormía sobre vuestro seno: ¿qué os dije, Julia? Tenemos un hijo, muger mia, ¿qué haremos de él?

—Lo que Dios quiera y la Virgen Santísima, te respondí, Rosa.

—Y yo añadí: sea, Julia; mas solo deseo una sola cosa, y es que mi hijo no sea pintor ni artista.

—Y yo te respondí como inspirada: dediquémosle á la iglesia, Rosa.

—Y nos ocupamos de su bautismo, Julia.

—Y le buscamos un nombre excelente.

—Y nos decidimos por el de Salvador, muger mia.

—Quizás ha ido á estudiar la lección de matemáticas, que le fuerzas á que aprenda.

—Mas bien anda recorriendo el campo como un vagabundo, como un perezoso, que es, replicó Rosa; se distrae en medio de las rocas, de las cavernas: no há mucho tiempo que tu comadre Loretta lo ha sorprendido en éxtasis en el templo arruinado de Apolo Pitio; el otro día, Pedro el Pescador le ha visto recorriendo el asilo de las sibilas; en fin, se le encuentra en todas partes á ese diablillo, menos en su casa.

—Pero, dijo Estrella interrumpiendo su obra, Salvadorcillo habrá tal vez ido á casa de mi tío Pablo.

—Nada de eso, dijo el padre; al volver de Nápoles he pasado por la calle Seggio del Nido, he preguntado á Pablo si no había visto al nene; me ha dicho que no; en efecto, ¿qué habría ido á hacer en casa de Pablo Greca?

—Verle trabajar en sus cuadros; sabes, Rosa, el gusto de Salvadorcillo por la pintura, dijo Julia.

—Si, y lo que yo sé mejor todavía es que no se medra mucho con vuestra pintura; sirva de ejemplo tu pobre hermano Pablo Greca, que se muere de hambre en su tienda, en medio de sus paletas y de sus pinceles.

—Tal vez consistirá eso en la poca habilidad de mi hermano.

—O por culpa de la pintura, señora Julia. Es como la gloria, una ingrata....

—Mamá, interrumpió de pronto Peruetta, mirad, mirad.

Y el dedo de la joven, estendido hácia adelante, señalaba un objeto en el fondo del paisaje; todas las miradas se dirigieron á aquel lado; pronto en el desfiladero cortado en las rocas del Monte Doncelle, que conduce al soberbio convento de Borgo Renella, fundado en el siglo XIV por Carlos, hijo de Roberto de Aragon, rey de Nápoles, y entre los altos abetos que se cruzan en las grietas de aquellas rocas, se divisó un niño, conducido por un fraile. Se iban acercando: un segundo grito de Peruetta prueba que no se había engañado; era el padre Cercatore del convento de Renella, con Salvadorcillo.

—¡Miserable niño! fué el saludo que el padre Antonio Rosa dirigió á su hijo.

—Sentaos, padre mio, dijo Julia al fraile; ¿qué quereis refrescar?

Las dos jóvenes rodearon á Salvadorcillo, que con semblante confuso, vergonzoso, tenía su cabeza baja, de manera que los numerosos rizos de su negra cabellera le ocultasen la cara.

—Aquí teneis á vuestro hijo, señora Julia, dijo el padre Cercatore, rehusando el asiento que, á una señal de su muger, Rosa le había presentado; uno de nuestros religiosos, viniendo de la peregrinación, le ha encontrado dormido debajo de las ramas de un árbol seco, con la cabeza apoyada sobre un trozo de lava, en medio de las tierras incultas de la Solfatara. Os le traigo; merece ser castigado por las inquietudes que sin duda os habrá causado con su escapatoria.... Gracias, señor Rosa, me es imposible detenerme mas, es preciso que yo regrese al convento. A mas ver, señora Julia, señor Rosa; hasta mañana, Salvadorcillo; lo entiendes, hasta mañana, y que no te ocurra faltar á la hora del catecismo. Buenas noches, mis graciosas señoritas.

Este «á Dios» dirigido á las jóvenes, terminó el discurso del padre Cercatore, que salió del soportal, y volvió á tomar el camino del convento.

—Ahora nos toca á los dos, Salvadorcillo, dijo el señor Rosa, dirigiéndose hácia su hijo.

—¡Perdon! ¡perdon, exclamaron las dos hermanas, estendiéndose hácia su padre sus brazos suplicantes. Se perdió; nos lo acaba de decir al oído, padre mio, mi querido padrecito, no le volverá á suceder.

—Ya, ya, bien, bien, gritó Antonio, las oís chillar á esas chicas, porque se quiere corregir un poco á su hermano. ¡Eh! ¡por vida del Dios Baco! es menester por lo tanto, que le haga conocer bien su culpa... he sufrido mucho desde ayer por la mañana: y su madre también, y tú también sobre todo, Peruetta, ¿no te he visto llorar esta tarde?

—¡Tú has llorado, pobrecita! exclamó Salvadorcillo, abrazando á su hermana. ¡Oh! perdona, perdona, hermana, ¿te has asustado?

—Y yo, pues, niño, y tu madre, ¿crees no nos hemos sobresaltado?

—Pues bien; pido á todos perdon, dijo el niño juntando las manos en ademán suplicante, á presencia de toda su familia, que formaba grupos; ¡mas el paisaje era tan hermoso, tan variado; mientras que andaba veía cosas tan bellas! A fé mia, padre mio, ¿qué te he de decir? caminaba siempre, siempre; me decía: «todavía esta colina, este valle, aquellas rocas;» y despues: «pasemos aquel arroyo;» y además: ¿qué es lo que habrá detrás de aquel bosque?» En una palabra; me estravié, me sorprendió el sueño, y aseguro que me quedé muy admirado de despertar esta mañana no sé dónde.

—¿Y has aprendido al menos la lección de matemáticas? le preguntó el padre.

—La he olvidado, dijo Salvadorcillo bajando los ojos.

—Hé ahí por lo que serás castigado, señorito, replicó la señora Julia, quedarás hasta el domingo encerrado en la gran sala alta, á pan y agua; allí, estudiando quizás. Anda al instante: marcha. Estrella, ve á encerrar á tu hermano, y tráeme la llave de la sala.

—Estrella, dijo Salvadorcillo en voz baja, tráeme unos carboncillos.

—¿Todavía? Salvadorcillo, en verdad, tú gastas mas carbon sobre las paredes, que mi madre en la hornilla.

—Silencio, pues, Estrella, y haz lo que te digo, replicó el niño yendo dócilmente á encerrarse en una gran sala sin muebles, ruinosa, donde no habia mas que un gergon de paja de avena en un rincon.

El domingo siguiente, la señora Julia, queriendo anunciar ella misma á su hijo un perdon, que hacia dos dias se hallaba dispuesta á conceder, y que solo retardaba por consideracion, fué, seguida de sus hijas, á la sala que le servia de prision.

Apenas hubo abierto la puerta, cuando la admiracion y el asombro la detuvieron en la entrada.

Salvadorcillo dormía tranquilamente sobre su gergon: no era esto lo que causaba la sorpresa de las tres mugeres: sino la especie de tapicería que adornaba las paredes de estuco de la sala y que habia sido improvisada hacia dos dias.

Poco mas ó menos á la altura de un niño de diez años que levanta los brazos, estaba un pintarrajo negro, que de pronto era imposible comprender: mas, examinándolo un momento, lo que hicieron su madre y sus dos hermanas, no tardaron en distinguir perfectamente el monte Vesubio, arrojando llamas, con el mar á sus pies, y la ciudad de Nápoles retratándose mas lejos, desde la encantadora ciudad de Baia, con sus colinas, sus bosques y sus montañas: en otra parte de la sala se veian las risueñas colinas de San Martín y las rocas doradas del palacio monacal de la Certosa, resplandeciendo en medio de los bosques de castaños, y los festones de las vides que formaban guirnalda en el aire; en fin, era un panorama de vistas encantadoras y del mas risueño aspecto.

—¡Santísimo Sacramento! exclamó la señora Julia, cuando la sorpresa la permitió usar de la palabra.

—¡Loa sorprendente! repitieron las señoritas encantadas.

—Todo es en vano, dijo la señora Julia, meneando la cabeza; este niño nunca será mas que un artista.

—Es cosa muy bella ser artista, dijo Estrella al oído de su hermana.

—Si, sobre todo, cuando tiene las facciones de Francanzani, dijo Pernetta en el mismo tono.

Estrella le puso el dedo en la boca á su hermana, y se puso colorada.

—Salvadorcillo, dijo la señora Julia, inclinándose hacia su hijo, levántate, ya es hora.

A las primeras palabras de su madre el chico se habia sentado en la cama, y se frotaba los ojos espantados.

—¿No estás ya enfadada, mamá? dijo uniendo la manos una contra otra; ¡oh! no estás enfadada, ¿no es verdad?

—No, querido hijo, respondió la buena madre, dándole un beso en la frente; no, porque tú has sido suficientemente castigado, has debido aburrirte mucho.

—Yo, dijo Salvadorcillo con gran sencillez, nunca en mi vida me he divertido tanto.

—¿Acaso alguna de tus hermanas te habrá abierto la puerta? exclamó la señora Julia tratando de ponerse otra vez seria; ¿ó Estrella habrá olvidado la llave?

—Aunque hubiese dejado la llave en la puerta, y dejade tambien toda la puerta cuan grande es abierta, os juro, madre mia, no hubiese pensado en irme: mirad, pues, esas perspectivas, esos paisajes; ved ese volcan. ¿No arroja talmente llamas? yo veo el fuego y la lava, y la ceniza de lo mas alto. Y despues esos castaños; ¿no reina ahí cierta frescura? ¡oh! yo querría estar en ellos. Querida mamá, no es posible aburrirse cuando se tienen unos carbonces.

—¿Qué! ¿es con carbon? exclamó la madre.

—¿Y cómo hubiera yo podido reproducir mis paisajes favoritos, pues que no soy tan feliz que tenga un pincel como mi tío Greca, y colores, ó á lo menos un miserable lápiz?

—Es cierto que es un oficio que saca de él tanto provecho mi pobre hermano, que tienes razon en envidiarle sus pinceles, dijo la señora Julia.

—Lo creo bien, mamá, nada hace que tenga semejanza.

—¿Qué sabes tú, rapacillo?

—Ciertamente, lo veo bien, mamá, en su último cuadro de bosque todos los árboles son celestes. ¿Hay acaso árboles celestes? y despues aquellas aguas.... jamás una góndola podrá navegar en aquellas aguas... verás las mias, mamá, mis árboles y mis personajes....

—Nada de esos pensamientos, Salvadorcillo, replicó su madre amenazándole con el dedo, sabes bien que tu padre no quiere que llegues á ser artista, quiere que seas agrimensur como él.

—Es como si mi padre quisiese que yo tuviera los cabellos rubios, dijo Salvador, pasando sus manos por sus hermosos cabellos negros.

—De todas maneras, Salvadorcillo, tú no serás jamás un buen artista, eres muy perezoso y muy vagabundo.

—Soy perezoso, mamá, porque el griego me fastidia; la historia me desagrada; el latin me encocora; pero si soy vagabundo es para ver paisajes nuevos y dibujarlos sobre las paredes: ¡si supieses, mamá, qué bueno es representar lo que se ha visto! esta sala que estaba tan fea hace dos dias, está soberbia hoy.

—¡Soberbia! dijo la señora Julia, cuando será preciso que mis hijas y yo pasemos el día de mañana lavando las paredes.

—¡Lavarlas! exclamó Salvadorcillo; ¡borrar mi obra! ¡ay! bien se conoce, madre mia, que no amais las artes.

—Pero amo mi deber, como tambien el tuyo, obedeciendo ante todo á tu padre. No faltes, sobre todo, á la eita

que el buen religioso te ha dado para esta mañana, á fin de que te instruyas en la religion. Hé ahí mi devocionario, vé á esperarme en la Cartuja.

Salvadorcillo salió de la sala para obedecer, mas por mala suerte, el devocionario se hallaba en una mesa junto á una cajita de lápices; el niño tomó el devocionario y despues le soltó para mirar la caja de los lápices. Sin embargo, recordando la orden de su madre, dejó la caja para recoger el devocionario: despues este fué reemplazado segunda vez por la caja: en resumen, una y otra se sucedieron con tanta frecuencia y rapidez, que al llegar al convento de Borgo Renella, quedó admirado, os lo aseguro, al hallarse con la caja de lápices entre las manos.

Entonces la iglesia estaba desierta, cada sacerdote estaba ocupado en cumplir su penitencia, no se dejaba ver; el pueblo que la campana no habia llamado todavía, se mantenía fuera esperando la señal de la oracion: Salvadorcillo se encontraba allí enteramente solo.

En medio de aquel silencio solemne que los lugares con elevacion y bóvedas hacen siempre mas imponente: atravesando aquellos claustros magníficos que las artes han consagrado á la religion, el niño Salvador Rosa se sintió como inspirado: la historia sagrada, que se le habia enseñado todas las mañanas, se presentó á su imaginacion, y esta, una vez acalorada, parecióle ver los hechos de cada uno de los personajes de la antigüedad: Abraham sacrificando á su hijo: Agar muriendo de sed en el desierto con su hijo: Jacob bendiciendo á los suyos. Insensiblemente su caja se abrió; su mano derecha se hundió dentro de ella, se armó de un pedazo de lápiz, y sin pensar que era lugar sagrado el en que se hallaba, ni el motivo piadoso que allí le habia conducido, se encontró dibujando los grandes personajes que su imaginacion creaba, entre los espacios de las columnas que el oro y el ultramar no habian cubierto.

De los perfiles pasó muy pronto á las sombras y entonces la cabecita se extravió completamente. En pie, encendido y afanoso estaba trabajando allí, con el mismo ardor que despues empleó en la composicion de su *Saul*, de su *Demetrio*, de su *Agar en el desierto*: poco á poco la iglesia se llenaba de fieles acostumbrados á acudir á misa, y el murmullo que acompaña siempre á la multitud, el arrastrar de zapatos sobre el mármol, el crugido de la arena debajo de los pies, la remocion de las sillas, que se daban unas contra otras, el rumor de las gentes que se saludaban al encontrarse, nada podia llamar su atencion; no veía mas que su asunto, solo oía á su genio, apuntándole al oido el medio de animar sus personajes, cuando de improviso, ¡oh desgracia! la puerta de la sacristía se abre y el prior, saliendo del coro con su séquito, se adelanta procesionalmente á lo largo de los claustros.

A la vista de un niño en pie arrimado á una columna, tiznado de negro, llenando de pintarrajos aquellos muros sagrados, que el Españolito y Carracio se habrian vanagloriado de decorar, y para cuyo embellecimiento el gran Lafresco y el Dominiquino, mas grande todavía, rivalizaban encarnizadamente, los religiosos se detuvieron estupefactos; con una mirada se interrogan, se interpelean y comprenden; y antes que el artista malhadado haya podido sospechar su proyeeto, antes que los haya visto solamente, se sintió cogido, volteado, despojado de sus vestidos y azotado en buena forma. Sus lamentos imploraban la piedad,

mas los padres no viendo mas que una temeridad sacrílega en una accion en que realmente no habia mas que olvido, niñería, ignorancia del pecado que cometia; no por eso cesaron en su terrible castigo.

Salvadorcillo fué llevado á la casa de sus padres mas enfermo de furor, de rabia, de vergüenza, que de los golpes que habia recibido, y de los cuales, sin embargo, conservó mucho tiempo las señales. Juró vengarse, y á pesar de los ruegos de su madre solo aguardaba su restablecimiento para poner en ejecucion sus burlas, en que no dejaba de pensar en aquel momento.

Por otra parte, los religiosos enfurecidos no dejaban sus quejas contra aquel atentado enorme, de suerte que los padres de Salvadorcillo se vieron precisados á quitarle de aquella Cartuja para ponerle en uno de los seminarios de Nápoles; consiguieron procurarle la proteccion de los reverendos padres de la congregacion Somesca, y se decidieron á enviarles su hijo.

Esto así, una hermosa mañana del mes de setiembre, se vieron bajar por la cuesta de Renella dos individuos que se dirigian hácia Nápoles.

Sin dejar de caminar hácia Nápoles, Salvadorcillo vuelve sus miradas á Renella, y á lo alto de la colina; por entre los negros álamos que la dominan, el joven, distingue todavía la vieja casa con sus chimeneas almenadas; bajo el pórtico rodeado de parras, ve todavía á su madre, con su cofia blanca como la nieve, sus hermanas y los brillantes alfileres que sujetan sus negros cabellos. Las dice un último adios con las manos, las envía un último beso y sigue su camino.

La distancia que separa á Renella de Nápoles no es larga; despues de dos horas de marcha nuestro viagero entraba en la ciudad. Entonces cambió la escena. En lugar del silencio tranquilo y religioso de la campiña, el murmullo de la ciudad parecía levantarse alrededor de ellos como los mugidos del Vesubio la vispera de una erupcion. No son ya precipicios cubiertos de pinos y de castaños, son edificios elegantes y llenos de prestigio, frisos, columnas, jardines, bosques suspendidos, y altares y capillas; campanarios, urnas brillantes por todas partes, hasta que llegando á la noble calle de Toledo, la escena magnífica se encontró reemplazada por palacios sin número.

Despues de haberla atravesado en toda su longitud, los dos Rosas se encaminaron hácia la Civita Vecchia. Muy en breve el pórtico de la congregacion Somesca apareció; el corazon del joven Salvador se oprimió; las lágrimas corrieron de sus ojos; los vuelve hácia su padre:

—¿Todavía en prision? le dijo.

—Otros mejores que tú lo habitan y no le dan ese nombre, hijo mio, le contestó el padre con agrado.

—¿Oh! padre mio, ¿no me dejarás aquí para siempre, no es verdad? replicó el niño tomando la mano del anciano.

—Tu destino es pasar aquí tu vida, hijo mio.

—Hágase tu gusto, mas habia aquí, sin embargo, cierta cosa, dijo tocándose con el dedo en la frente.

—Entonces, hijo mio, comprenderás nuestras razones, no siendo rico, solo la vida religiosa puede convenir á tu carácter.

—Hay otra, padre mio.

—Sobre todo no hablemos de tus sueños, replicó con prontitud Antonio, que no podia concebir separada la mi-

seria de las artes, teniendo siempre á su cuñado por ejemplo: pero escucha, Salvadorcillo, añadió con mas dulzura; trabaja, sé devoto, dócil, sumiso; reflexiona en la vida santa y apacible de los claustros, en la paz que en ellos se disfruta y serás dichoso.

En esto habian llegado. Antonio llamó; un religioso vino á abrir, y el señor Rosa, habiéndose despedido dos veces de su hijo, y viendo que no se movia de su puesto ni entraba en el locutorio, así como el religioso que le invitaba, le tocó ligeramente el hombro:

—¿En qué piensas, pues? le dijo.

—En una inmensa pérdida que he hecho viniendo acá.

—¿Dinero? se apresuró á preguntar Antonio; ¿la moneda de plata que te ha dado tu madre?

—Mil veces mas, padre mio.

—¿Y qué pues?

—Es inútil decirte, respondió seriamente Salvador; Estrella ó Peruetta pueden solas repararlo.—¡Dios mio, que aturrido soy!

—¿El señor Rosa entra? preguntó el religioso luego á Antonio.

—No, tengo un negocio urgente, y ademas, ayer vi al padre prior que espera á mi hijo. Vamos, Salvadorcillo, ánimo, ven á abrazarme, y sigue al hermano.

—Benedicidme á lo menos, padre mio, dijo Salvador vertiendo lágrimas y echándose en los brazos de su padre.

Este le bendijo, le besó dos ó tres veces en la frente, y entregándole en manos del hermano lego, se alejó prontamente del convento.

Salvadorcillo sintió despedazarse el corazón al oír las verjas de lo que él llamaba su prision, que se cerraban luego que entró.

—Aun todavía, se decía siguiendo al hermano lego adonde estaba el prior, sino los hubiera olvidado, ¿qué de lugar tendria aquí! añadió mirando las paredes blancas y desnudas de los corredores de las celdas.

Cerca de la tarde el hermano portero vino á buscarle para decirle que preguntaban por él, en el locutorio; fué corriendo allá y se encontró con sus hermanas.

—¿Qué piensas que te traigo? le dijo Peruetta riendo.

—Mi caja de lápices, respondió.

—Lo has adivinado respondió la jóven presentándosela por entre las verjas.

—Eres el modelo de las hermanas, Peruetta, dijo Salvadorcillo saltando de alegría.

—Estrella es la primera que advirtió tu olvido.

—Y Peruetta la que ha tenido la ocurrencia de traerla, dijo Estrella.

—¡Oh! sois muy buenas hermanas, exclamó Salvadorcillo besando alternativamente su caja de lápices y las manos de las jóvenes.

—Ahora estoy cierto de no aburrirme entre los padres Sonescas.

Figúrate Peruetta que las paredes tienen aquí una dimensión extraordinaria.

—Acuérdate del convento de Borgo Renella, dijo Peruetta sonriéndose.

—¡Bah! el castigo cambiará tal vez de forma, hermana mia; y además todos los padres no son anti-artistas como

los de Renella; fuera de que yo no tocaré á las paredes de la iglesia.

—¿Crees acaso que te permitirán tampoco tizar las otras?

—¡Qué poco artista erestú tambien, Peruetta! ¡tiznar llamas! ¡tiznar á los paisajes mas bellos! ¡las pinturas mas deliciosas! Es como si dijese que Annibal Carraccio y el Dominiquino hacían mamarrachos, absolutamente lo mismo.

—Sea así, hermano mio; hemos venido, dijo Estrella, para verte y no para disputar. Todo lo que tengo que encargarte, es que á fuerza de querer embellecer las paredes del convento no venga á parar en que te echen de él.

—Eso es á fé mia lo mejor que puede sucederme.

—Si. ¿Y entonces que va á ser de tí, pobre niño?

—¿No te has de casar pronto con Francazani?

—Lo espero al menos.

—Le pedirás á tu marido que me reciba en el número de sus discípulos.

—¿Y mi padre, mi madre, Salvadorcillo?

—Si tengo tu casa abierta, hermana mia, con el tiempo mi padre vendrá á perdonarme.

—Mi casa, hermano, será siempre la tuya.

—Entonces cádate pronto, Estrella, para que yo me haga despedir pronto de aquí.

—Veo que nos podemos retirar, respondió Estrella, te dejamos con buenas disposiciones.

—Te lo aseguro, tengo un magnífico asunto en la cabeza.

—Las paredes no estarán mañana tan blancas como hoy, observó Peruetta.

—Adios, hermano.

—Adios, hermana; cádate pronto.

—Y tú no te hagas despedir de aquí antes.

La campana que tocaba á vísperas hizo separar el hermano de las dos hermanas. Salvadorcillo se instruyó en el convento de los padres Sonescas prontamente en los elementos de las letras y de las ciencias, empero su inclinacion le arrastraba al arte del dibujo, y privado de las lecciones de éste por espreso mandato y voluntad de su padre, se vengó en hacer la caricatura de sus maestros ó de otros personajes que daban pábulo á su lápiz ó al carbon. Al llegar á la clase de filosofia, le pareció tan ridículo aquel estudio como se hacia entonces, que no quiso continuar y tiznó tanto y tan bien las paredes del convento, no respetando siquiera las que estaban próximas á la celda del prior, ni las que bajaban á la iglesia que los padres Sonescas lo echaron de su congregacion y tuvo que recogerlo su familia. Allí en medio de las privaciones de toda especie, lejos de amortiguarse su imaginacion, pareció adquirir nuevas fuerzas dedicándose á la poesia y á la música que habia aprendido en el convento.

Su hermana Estrella que se hallaba ya casada con el pintor Francazani discípulo de Rivera, el Españolito, cumplió su palabra y lo recibió en su casa donde pudo recibir algunas lecciones de su cuñado.

En el momento en que comenzaba á formarse su carácter, aunque no tenía mas que diez y ocho años, Salvador se vió reducido á la miseria por la muerte de su padre, y poco despues por la de Francazani en cuya casa vivia. Su madre murió á poco tiempo, y una de sus hermanas, Peruetta, tuvo que ponerse á servir de criada en casa de un

gran señor en Nápoles. Su hermana Estrella murió en la miseria de inanición.

Habia motivo suficiente para que el joven arrojase la paleta y los pinceles y se buscase un modo de vivir cualquiera, si un verdadero genio no le hubiese impulsado á combatir cuerpo á cuerpo su mala fortuna.

Seguia constante pintando, pero como sus cuadros no tenían ninguna reputacion, no le producian nada. Vivía en la mas completa miseria, pero tambien en la mas completa independencia.

En una espléndida mañana del mes de mayo de 1628, mañana de cuya belleza solo puede formarse una idea el que ha recorrido la Italia, donde con la primavera nacen al mismo tiempo las flores que los frutos y la tierra se cubre de ricas mieses embalsamando el aire con deliciosos olores que hacen revivir al hombre, Genaro Fondi, un pintor napolitano de muy escaso mérito, habia dejado la ciudad para ir á Baia á respirar el aire puro del campo y buscar algunos insectos de que le habia hablado un amigo suyo; porque don Genaro, como él se llamaba á sí mismo pomposamente, unía á su pincel, que aunque modestamente, le hacia vivir, la pasión de la entomología que hacia sus delicias.

Con los ojos bajos hacia la tierra para descubrir en ella los insectos que andaba buscando, cantaba nuestro hombre entre dientes, no tanto de contento como de impaciencia, segun aquel refran de que *cuando el hombre canta ó rabia ó no tiene blanca*. Se canta pues, ó por alegría ó por rabia. Su canto se hallaba lleno de una poesía patriótica llena de encantos, poesía de que vamos aquí á dar una muestra.

«¡Oh Italia! bella Italia, márgenes queridas de Dios, y benditas del cielo, ¿puede vivirse lejos de tu fecunda tierra sin que sucumba el alma al exceso de la desgracia?

«Tú eres y serás siempre bella, ¡oh Italia! Tú el jardín del mundo, la patria de todas las artes: aun en tu desierto, ¿qué comarca es á tí semejante? Tus plantas silvestres son brillantes, embalsamadas, tu desolacion es mas rica que la fertilidad de otros climas; tus desgracias son glorias, y tus ruinas llevan el sello de una gracia y de un encanto que nada puede borrar.

«¡Oh Italia, bella Italia! tus campos siempre dorados se fecundan con los solos rayos del sol: los astros brillantes de oro resplandecen en los cielos y se estienden sobre tu frente como una azulada faja »

—¡Per Bacco! gritó de repente el cantor dando un tropezon é interrumpiendo su cancion para soltar una carcajada, mientras canto el cielo, á poco mas me derribó la tierra. Afortunadamente que estoy solo en este sitio y voy á aprovecharme de esta circunstancia para tenderme sobre este embalsamado musgo y echar un sueño como si estuviese acostado en mi cama.

Y antes de poner por obra sus palabras miró á su alrededor para ver si habia alguien por allí que pudiese perturbarle en su reposo, y se estremeció al ver una especie de rapazuelo de doce á trece años de edad, mal peinado, de tostada tez, ojos negros como el carbon, labios encarnados como los granos de una granada madura, y los dientes tan blancos y agudos como los de un cachorro mastin: el que orgullosamente envuelto en unos harapos que hubieran hecho la felicidad de un verdadero pintor, le miraba con aire reflexivo é inteligente.

—¿Qué haces tú ahí, bribonzuelo?... exclamó el pintor con cólera porque en aquel momento pensaba mas en el sueño que en la poesía.

—¡Nada!.... ya lo ve su esclencia, respondió el muchacho sin descomponer un pliegue de su estrambótico traje.

—¡Pues bien, márchate de aquí! dijo don Genaro con el mismo tono.

El muchacho meneó con desden la cabeza y no se movió de allí como un poste. Viendo el pintor que era preciso parlamentar, sacó entonces de su bolsillo una moneda de cobre y arrojándosela al muchacho:

—Toma, le dijo, vete.

—Yo no soy un mendigo, respondió el chico de los harapos echando sobre el artista una mirada de una altivez y de un inmenso orgullo.

Al oír estas palabras, don Genaro le miró á su vez con una sorpresa imposible de describir. Un muchacho del pueblo que no era un mendigo, en un país donde la mendicidad penetra en todas las clases y bajo todas las formas... era un prodigio de que no se podia tener una idea.

—¿Y cual es el estado de vuestra señoría? le preguntó entonces sonriendo y haciéndole al mismo tiempo un saludo.

—Mi estado es el ser pintor, ó mas bien el de llegar á serlo, porque soy demasiado joven todavía para ser nada, respondió el muchacho sin dejar ver que habia reparado en el aire burlesco del que le preguntaba, el que apenas hubo oído esta respuesta, le dijo alargándole afectuosamente la mano:

—Pues bien, camarada, dejame dormir.

—¡Con que sois pintor!.. exclamó el muchacho mirando á don Genaro con admiracion.

Se atusó este con coquetería el bigote respondiendo con un aire de vanidad satisfecha:

—Por tal me tengo... y no de los peores...

—Entonces lléveme consigo su esclencia, dijo el niño juntando las manos y mirando al artista con aire suplicante.

—¿Qué te lleve conmigo! ¿y para qué? exclamó éste meneando la cabeza de un modo negativo.

—Para aprender vuestro arte, le respondió con tal dignidad unida á una espresion tan inteligente de rostro, que don Genaro, que al fin y al cabo era un buen hombre, se sintió todo conmovido.

—El caso es que yo no soy rico... murmuró rascándose la oreja de un modo muy significativo.

—Ni yo tampoco... pronunció el rapazuelo con tan perfecta sangre fría que el artista no pudo menos de soltar una carcajada.

—¡Vamos! el que hace reír á su juez ya tiene ganado su pleito, dijo: te quedarás conmigo, es cosa hecha: te mantendré como yo pueda, y tú te vestirás como Dios te dé á entender, porque yo no te he de dar dinero, por una sola razon, pero muy poderosa; porque para mí no lo tengo; pero te enseñaré la pintura: ahora, amigo mio, dime como te llamas.

—Salvador, esclencia, respondió muy gozoso el niño.

—¿Y tu padre y tu madre donde están y que hacen?

—Los dos están en el paraíso, respondió tristemente Salvador. La miseria me quedó al perderlos, y en esa sigo á pesar de mi trabajo.

Enternecido el buen artista alargó la mano á su nuevo amigo, y como se le habia pasado completamente la gana

de dormir se levantó, y acompañado del niño, dió un largo paseo por el campo y se volvió despues á su modesta habitacion de Nápoles, habitacion que á pesar de su pobreza le pareció un palacio al miserable Salvador.

Ya tenemos á nuestro jovencito en el colmo de sus deseos, pues que habia entrado por discípulo de un pintor, pero como desgraciadamente debemos confesarlo, á pesar de su excelente corazon, don Genaro tenia un talento menos que mediano.

Salvador conoció muy pronto que valian mas sus sueños de pintor que las lecciones de su maestro, y así no hallándose satisfecho en su nueva posicion para dar vuelo á su genio, alma ardiente, viva inteligencia y actividad sin límites, unió la poesia á la pintura, y muy pronto bajo el nombre de *Rosa* se hizo conocer en todo Nápoles por sátiras que al tiempo que destilaban hiel, estaban llenas de gracias. Al ver el buen éxito de las composiciones de este género, se aventuró á hacer algunas lindas comedias que primero hizo representar por sus amigos, pero que muy pronto se decidió á representar él mismo.

Aunque nuestro Salvador salió triunfante de su empresa, como siempre continuaba pobre, se contrató con una compañía de cómicos que iban á Roma y que le habian hecho proposiciones, y las aceptó con alegría, y siempre bajo el nombre de *Rosa*, formó parte de la compañía.

Nadie es profeta en su patria, dice el proverbio y este proverbio fué tan cierto para Salvador, que muy pronto hizo furor en Roma, y la caprichosa fortuna, como ciega que es, le colmó de sus riquezas y tesoros.

Salvador era jóven ardiente: habia vivido muchísimo tiempo pobre; así es que desde luego abusó de estos dones, pero felizmente para él habiéndose despertado en su corazon el amor á la pintura, compartió su tiempo entre su estado y el estudio desechando así las nuevas pasiones que se habian apoderado de él.

Cuando se sintió empapado y fortificado con el estudio constante de los grandes maestros que tenia á la vista, queriendo brillar en medio de sus amigos de Nápoles dejó á Roma Salvador convertido en un gran señor con el bolsillo bien repleto, alegre corazon y satisfecho su orgullo, porque llevaba consigo muy buenas cartas de recomendacion para la duquesa de Arcos, vireina entonces del bello pais que le habia visto nacer; cartas escritas por los mas altos personajes de Roma y que solicitaban para el ilustre *Salvador Rosa*, artista del mayor mérito, un empleo en la corte de virey.

A su llegada á Nápoles el primer cuidado y diligencia de Salvador fué el procurar poder ver á la vireina para entregarle sus cartas de recomendacion. Pero no era fácil esta empresa, porque en aquellos momentos el virey odiado del pueblo á quien oprimia con su autoridad, dificultaba cuando podía el acceso á su corte á fin de vivir precavido, y solo con gran trabajo logró Salvador de un amigo suyo, oficial del palacio, el favor de colocarse al paso de la vireina en el momento en que fuese á bajar de sus habitaciones para salir á paseo.

Al ver llegar á la duquesa se inclinó profundamente Salvador delante de ella enseñándole sus cartas, que la vireina no vió ó fingió no ver, pero que tomó un page de su servidumbre, que prometió ponerlas á la vista de su noble señora inmediatamente que volviese á palacio.

Volvióse á su casa Salvador con el corazon ulcerado y

lastimado su orgullo con el recibimiento que acababan de hacerle, pero tratando de encontrar razones para cobrar ánimo, ó mas bien tener paciencia.

—Aguardemos el efecto de esas cartas, se dijo, la duquesa no me conoce: tal vez estaria de mal humor esta mañana ó indispuesta: el pueblo es tambien un animal muy tonto siempre gruñendo!.... en fin, aguardemos....

Aguardó Salvador, pero pasaron dias y dias, semanas y semanas, sin que viese llegar respuesta alguna, y concluyó por perder completamente la esperanza.

Entonces fué á buscar á su amigo el oficial de palacio á quien le costó estremada pena encontrar y que dejó ver el mayor embarazo en su presencia.

Lo notó Salvador y quiso conocer la causa. El oficial en vano se resistió, vaciló, tartamudeó, pero apretado vivamente por nuestro impaciente héroe concluyó por confesar que la vireina habia dicho que jamás admitiria á un histrion.

—¿Un histrion?.... exclamó Salvador Rosa pálido de vergüenza y de cólera. ¡Infeliz de ella por haber pronunciado esa horrenda palabra! ¡yo le juro por San Genaro y por el cielo que me verá!.... ¡Pero que tiemble porque entonces estará perdida!....

Y arrojando espuma de furor, se separó del oficial, volvió á su casa en un paroxismo imposible de describir, se arrancó sus ricos vestidos: mas tranquilo despues porque acababa de concebir un terrible proyecto en su cabeza se vistió el traje, un poco teatral quizá pero lleno de gracia, de las gentes acomodadas del pueblo napolitano, y echándose una escopeta al hombre se fué tranquilamente á Portici á ofrecer sus servicios á Tomás Aniello, que era ya el jefe supremo de la oposicion formada por los napolitanos contra el duque de Arcos.

Portici está al lado de Nápoles, sobre la vertiente del Vesubio y se llega allí siguiendo la orilla del mar. Este país que depende de Resina sirve como ella de sepulcro á Herculano, porque las dos poblaciones fueron edificadas sobre las cenizas frías de la antigua ciudad: despues á su vez han sido nueve veces tragadas por su peligroso vecino. Pero con un descuido que no se encuentra mas que en Nápoles, apenas fué apagada la lava volvieron á reconstruirse esas lindas aldeas que tienen todo el encanto, pero preciso es tambien confesarlo, toda la ligereza de una decoracion de teatro, las casitas son de madera, muy pequeñas y enteramente cubiertas de flores y follage, y como la vegetacion es muy ardiente en aquella tierra de fuego, poco tiempo basta para que las plantas que rodean aquellos verdaderos nidos embalsamados adquieran el mas completo desarrollo.

Así sobre la mas humilde cabaña de un pescador, el naranjo con sus frutos de oro y estrellas de plata, el granado con sus flores de púrpura, la parra con sus racimos de ámbar, el mirto con su sombrío follage, se entrelazan con una armonía que jamás llegaria á conseguir la mano de los hombres.

Sobreescitado Salvador por la cólera marchó con un paso tan rápido que sin conocerlo él mismo, muy en breve se encontró en Portici.

En aquel momento un pescador sentado sobre la arena á las orillas del mar se ocupaba en componer sus redes, cantando con voz dulce y sonora estas palabras tan profundamente religiosas.